

**Paseantes, viandantes y transeúntes en la
narrativa de Soledad Puértolas:
los personajes femeninos como protagonistas de
su propia ciudad**

Pablo PINTADO-CASAS

Kean University, New Jersey, EEUU

Katica URBANC

Wagner College, Nueva York, EEUU

Résumé: Ce texte développe une topographie littéraire féminine ou une approche des personnages féminins par rapport à l'espace urbain dans l'œuvre de Soledad Puértolas, notamment dans les œuvres suivantes: *Recuerdos de otra persona* (1996), *La Señora Berg* (1998), *Con mi madre* (2001), et le récent recueil de nouvelles *El fin* (2015). Il s'agit d'analyser la figure des personnages féminins du point de vue de l'espace littéraire de la ville de Madrid.

Mots-clés: flâneuse, espace urbain, topographie féminine, vie quotidienne, transgression

Resumen: Este texto desarrolla una topografía literaria femenina o aproximación a los personajes femeninos en relación al espacio urbano en la obra de Soledad Puértolas, en concreto en las obras siguientes: *Recuerdos de otra persona* (1996), *La Señora Berg* (1998), *Con mi madre* (2001), y la reciente colección de cuentos *El fin* (2015). En definitiva, se trata de analizar la figura de los personajes femeninos desde la perspectiva del espacio literario de la ciudad de Madrid.

Palabras clave: «flâneuse», espacio urbano, topografía femenina, cotidianidad, transgresión

Pour citer cet article/ Para citar este artículo : PINTADO-CASAS, Pablo & URBANC, Katica, « Paseantes, viandantes y transeúntes en la narrativa de Soledad Puértolas: los personajes femeninos como protagonistas de su propia ciudad», in DI BENEDETTO, Christine, ROMON, Eugénie (ed.), *Narraplus*, N°1 - Soledad Puértolas, mis en ligne sur narrativaplus.org (NEC+), Avril 2018. <http://narrativaplus.org/Narraplus1/Paseantes-viandantes-y-transeuntes-en-la-narrativa-de-Soledad-Puertolas-PINTADO-CASAS-URBANC.pdf>

La rue assourdissante autour de moi hurlait.
Longue, mince, en grand deuil, douleur majestueuse,
Une femme passa, d'une main fastueuse
Soulevant, balançant le feston et l'ourlet;

Charles Baudelaire, *À une passante* (1857)

Recorrer el espacio. Dejar simplemente a los personajes andar a sus anchas – libremente – por las páginas del libro para abandonarlos luego a su suerte en los diferentes tipos de lugares literarios: en las calles, en plena ciudad. La lectura se presenta entonces algo errática como un recorrido paralelo al espacio del personaje que lo transita y además lo vagabundea azarosamente por las líneas del texto. La literatura hispánica contemporánea nos ofrece muchas obras en las que podemos asomarnos a toda una rica topografía imaginaria de lugares y espacios ideados – concebidos – primordialmente en función de los personajes literarios o sus protagonistas. Recordemos brevemente la faulkneriana «Región» de postguerra en Juan Benet; el «Macondo» mágico imaginado por Gabriel García Márquez; la desgarrada «Santa María» creada por el demiurgo Juan Carlos Onetti que trata de evadirse de la propia realidad para situarse en una realidad literaria totalmente ficticia; la isla inventada por Adolfo Bioy Casares en *La invención de Morel* que cuestiona el amor, la imagen y la utopía; la nostálgica isla caribeña de Guillermo Cabrera Infante retratada a su vez por el habla popular habanera de Cuba y el recuerdo; o, incluso, la tierra inhabitable, el llano en llamas, el páramo de Juan Rulfo en dirección a Comala. Diferenciemos ya aquí la literatura rural frente a la llamada literatura urbana. Recorramos el espacio literario de ciudades, bien imaginarias o imaginadas, reales o recordadas, utópicas o de ficción, o retratadas de forma autobiográfica desde la única perspectiva de su narrador/a. De la mano de Andrea, en la novela *Nada* transitamos la Barcelona de Carmen Laforet: la catedral, las aulas de la universidad, el barrio chino, los cafés para escapar del claustrofóbico apartamento gris y asfixiante de la postguerra española en la calle Aribau. La protagonista transita el espacio abierto y anónimo de la ciudad para – a su vez – transgredirlo y apropiarse del espacio tradicionalmente masculino, dándole otro sentido muy diferente. En este caso, a la misma vez que el personaje

recorre el espacio literario, lo transforma, le da sentido: lo habita. Anna Rofes Vehnes afirma en su artículo sobre los itinerarios urbanos en *Nada*: «Lo que preocupa a la beata Angustias no es solo que Andrea camine mucho, sino el hecho de que lo haga sola y sin ningún motivo ni destino concreto, que es precisamente en lo que Andrea encuentra el aliciente de sus paseos¹». Es un claro contraste con la imagen denunciada de la «mujer ventanera», en las palabras de Carmen Martín Gaité, que vive encerrada o recluida en el espacio doméstico limitado — que observa el mundo o la misma calle desde el borde o repisa de la ventana — sin atreverse a participar en él.

Dentro de la narración podemos encontrar distintos tipos de espacios: físicos, psicológicos, emotivos y sociales. Al describir el espacio, se describe además el ambiente que determinará o predominará la propia historia, quizás toda la historia. Los acontecimientos se sitúan desde un orden tanto cronológico como topográfico, urdiendo un entramado posible para poder contar la historia. La trama nos atrapa y nos emplaza en un «crono- topos» que recorreremos junto a los personajes, nuestras protagonistas. La literatura entonces se pone a andar, la lectura acontece como un desplazamiento interior — incluso, un viaje mismo — en el que el narrador se disuelve, desaparece en beneficio de la narración y los personajes manifiestan toda su presencia literaria intensamente frente a la intimidad del lector. La conciencia de desplazamiento de los personajes nos hace pensar este movimiento como una enunciación. En términos de Michel de Certeau, podemos considerar este mismo acto de caminar y el acto de habla (o de enunciación) a la misma vez. Al andar por las calles — al recorrer la ciudad — la viandante se apropia topográficamente del lugar, de los diferentes espacios urbanos, que son también el escenario cotidiano en el que la protagonista toma conciencia de su propia libertad espacial. Así, andar supone además de un desplazamiento físico personal por la ciudad, una reivindicación del propio discurso femenino (íntimo) de la protagonista. La relación entre el recorrido trazado y la enunciación del

¹ VERHNES, Anna Rofes, «Itinerarios urbanos en la Barcelona de postguerra. Los enunciados peatonales en *Nada*, *Luna lunera* y *El país del alma*.», Universidad de Estocolmo, 2013, p. 20.

<http://www.diva-portal.org/smash/get/diva2:642219/FULLTEXT01.pdf> (consultada el 28 de febrero de 2018)

discurso se estrecha con esta toma de conciencia del personaje. Al andar la protagonista se afirma, reivindica y transgrede los espacios urbanos: se apropia simplemente de ellos. Se establece, en definitiva, un estrecho paralelismo entre la trayectoria del habla y toma de conciencia con el “discurrir” por las calles. Habita la ciudad y produce un espacio femenino propio que habitar, tanto físico como psicológico.

Desde muy pronto, al comienzo de su novelística, Soledad Puértolas otorga gran importancia al espacio literario. Recordemos la arriesgada y sorprendente decisión de situar parte de su novela *Queda la noche* (1989) en la alejada ciudad de Delhi. En otras ocasiones como en *Historia de un abrigo* (2005), las ciudades son Manchester, Venecia, Nueva York. Los personajes de Soledad Puértolas se describen con pocos detalles, con rasgos borrosos, brumosos, así también a veces como los ambientes en los que se mueven. Además de presentar una gran diversidad de ubicaciones geográficas en sus obras, Puértolas se acerca también a los detalles de las ciudades, con sus calles y sus barrios reconocibles. Incluso, una de sus primeras obras se titula simplemente: *Burdeos* (1986).

A pesar de una variedad de textos en los que sus personajes aparecen fuera de España, en lugares alejados para un/a español/a, parece que la autora se ha ido decantando cada vez más en dejarlos recorrer la ciudad de Madrid. Quizás, de forma más natural, espontánea y auténtica aparecen en un Madrid escenificado por la reciente historia de la democracia y de las libertades en España. No hay entonces necesidad de llevar a los personajes femeninos al extranjero porque también en la ciudad de Madrid pueden desarrollar toda la complejidad de su personaje y modelo de mujer. La ciudad se plantea como una escenografía de libertad que hay que recorrer, transitar, vagabundear, explorar, hacer propia: habitar la ciudad para descubrir las amplias posibilidades del personaje mismo. En la ciudad, los personajes femeninos descubren el anonimato y se apoderan libremente del mismo. Viven también lo cotidiano y se pierden por las calles y los lugares, tomando conciencia de estos. Los barrios, los cafés, las tiendas de cada día – incluso el hospital en la obra *Con mi madre* – se convierten en espacios útiles de epifanía para la narradora o la protagonista. La figura del personaje femenino es aquí solamente una

paseante, un anónimo transeúnte o viandante que camina libremente sin justificación alguna por el mapa geográfico de lo cotidiano.

Frente a la deriva arbitraria de los personajes de otras épocas literarias, ahora la ciudad es recorrida como escape, cierta huida, experiencia íntima, un peculiar viaje a la íntima conciencia femenina de la protagonista. Estos personajes femeninos aparecen a la vez en tensión y equilibrio, entre lo que dejan ver y lo que ocultan, lo aparentemente visible y lo invisible, lo exteriorizado frente al interior e intimidad de la conciencia: esta situación psicológica y geográfica en la que se encuentran se muestra en la obra de Puértolas como un escenario de emancipación y libertad. Obviamente, frente a las novelas femeninas de postguerra o del final del franquismo, en la década de los ochenta, la ciudad ofrece un espacio apropiado para que la mujer lo habite y recorra, para que la escritora sea también caminante, peatón o paseante. Madrid se convierte en un lugar mucho más cosmopolita que a pesar de las complicaciones de la ciudad moderna con sus ruidos, ajetreos y tráfico permite, mediante lo cotidiano, el anonimato y el andar sin rumbo.

Soledad Puértolas ha confesado siempre su interés por la arquitectura y gran mayoría de sus libros ocurren en ambientes urbanos. En *Recuerdos de otra persona* (1996) afirma — a modo de confesión — lo importante que resultó llegar a la ciudad de Madrid que vivió como un gran descubrimiento. En su ensayo «Paseo por Madrid» escribe: «El hecho de encontrarme, antes de cumplir los quince años, inmersa en una ciudad ajena, desconocida e inabarcable, fue uno de los acontecimientos más importantes de mi vida²». Incluso, la autora nos comenta algo más adelante en el mismo ensayo la importancia que tuvo la ciudad mientras escribía su tesis de periodismo sobre el Madrid de las novelas de Pío Baroja: «Cada zona de Madrid está, así, unida a una época de mi vida desde mis catorce años³». Para Puértolas, la Puerta de Sol, la calle del Príncipe, el barrio de la Latina, el Madrid de los Austrias, el Rastro o el Ateneo son lugares de referencia tanto en su vida como en sus obras. La mera evocación de los mismos constituye

² PUÉRTOLAS, Soledad, *Recuerdos de otra persona*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1996, p. 87.

³ *Ibid.*, p.90.

tanto un escenario para sus personajes para explorarlos como una experiencia real y literaria.

En el año 2001, vuelve a retomar el tema de la ciudad de Madrid en su libro autobiográfico *Con mi madre*. En el capítulo titulado «Madrid, legado de mi madre», menciona que en el año 1961 sus padres se mudaron a un piso del barrio de Chamberí, donde se crió:

Mis padres habían alquilado el piso, luego lo compraron. Mientras que escribo estas líneas, me sorprende, al lado del dolor de la pérdida, que mi madre muriera en Madrid. Creo, de pronto, que este hecho me liga a Madrid para siempre. Hasta hoy, siempre he sentido que Madrid era una ciudad ajena, demasiado grande y caótica, con demasiados coches y semáforos y gente que se mueve muy deprisa. Pero después de la muerte de mi madre, cada vez que, desde Pozuelo, donde vivo, voy a Madrid, me ha invadido, al irme adentrando en la ciudad, una dolorosa melancolía.⁴

En muchas obras de Puértolas, la representación de la ciudad de Madrid se relaciona con la nostalgia. Como menciona la autora Tamara Townsend, la ciudad puede desorientar a los personajes que buscan un retorno a la naturaleza, y los cambios constantes que hay en las ciudades llegan a desconectar a la gente del pasado. El rápido progreso urbano impide un sentimiento de constancia y continuidad⁵.

Mientras que en *Queda la noche* el exotismo y la sensualidad de la ciudad desconocida de Delhi se distinguía por sus olores, sus sonidos, y su variedad de colores, la ciudad de Madrid simbolizaba la rutina: «Madrid volvía a recuperar su ritmo de gran ciudad desbordada, que promete más expectativas de las que es capaz de cumplir⁶». Una década más tarde en *La señora Berg* (1999), el narrador, arquitecto de profesión, espía a la señora Berg mientras que ella se mueve por las calles de Madrid. No sabemos mucho de la vida de la Señora Berg en su apartamento, pero la vemos a menudo cuando sale del portal del edificio:

⁴ PUÉRTOLAS, Soledad, *Con mi madre*, Barcelona, Editorial Anagrama, 2001, p. 88.

⁵ TOWNSEND, Tamara L, *Memory and Identity in the Narratives of Soledad Puértolas. Constructing the Past and the Self*, London, Lexington Books, 2014, p. 51.

⁶ PUÉRTOLAS, Soledad, *Queda la noche, op.cit.*, p. 230.

Pero nunca coincidí en el ascensor con la señora Berg. Me la encontraba en el portal, porque, afortunadamente, ella entraba y salía de casa con frecuencia, envuelta en sus hermosos trajes, pisando con firmeza el pavimento con los pies enfundados en magníficos zapatos. Salía a la calle y entraba en la casa, iba y venía por la calle, haciendo los recados, sonriente, amable con todo el mundo, y nadie se asombraba demasiado, me parecía a mí, de que una mujer superior como era ella estuviera entre los demás, moviéndose entre ellos, entre nosotros, con toda naturalidad, camuflada, como disimulando⁷.

Podría parecer que este personaje es muy simple por su apariencia, aspecto, trato o posición social, pero al final reconocemos mucho más que estas primeras impresiones y queremos seguir conociendo a la mujer que verdaderamente se esconde detrás de sus paseos, sus salidas cotidianas y su relación con la ciudad. Así, al principio del libro simplemente la vemos salir a la calle, y al final de la novela Puértolas lanza a la Señora Berg a la calle sin un lugar determinado: «Marta Berg, después de empujar la puerta de cristal del portal, baja los dos peldaños de mármol y sale a la calle⁸».

En la reciente colección de cuentos recopilados en *El fin* (2015), la mayoría de los relatos se sitúan en ambientes urbanos con personajes – casi todos femeninos – muy alejados del estereotípico ambiente intimista (interior) femenino; se mueven exclusivamente en el mundo exterior de la ciudad. De hecho, seis cuentos empiezan con referencias a ciudades (Madrid y Valencia) o con las palabras «calle» y «ciudad». Aquí la ciudad no existe únicamente como escenario de fondo borroso, sino que se relaciona muy concretamente con barrios conocidos (Argüelles, Chamberí, Sol), lugares de encuentro urbanos (bares, cafeterías, terrazas, museos, galerías), calles y espacios urbanísticos históricos (las glorietas de Quevedo y Bilbao, la Plaza de Colón, la Puerta de Alcalá, la Plaza Mayor, las calles Fuencarral, Gran Vía, y Goya), y actividades culturales como la conocida Feria del Libro del parque El Retiro.

El fin comienza con el cuento «Películas» donde se retrata desde sus primeras líneas la conocida sensación de melancolía que sienten los

⁷ PUÉRTOLAS, Soledad. *La señora Berg*, Barcelona, Ed. Anagrama, 1999, p. 9-10.

⁸ *Ibid.*, p. 286.

habitantes de una ciudad al pasear en sus calles desiertas un domingo por la noche. Aquí el encuentro fortuito entre Ernesto, el narrador, y Sara, una cuidadora que trabaja en su edificio, reúne a dos personas que se conocen de forma inesperada en el anonimato de una ciudad nocturna. Sara, una enfermera que trabaja por la noche, está acostumbrada a moverse por las calles de noche: «Está amaneciendo. Me gusta este momento, el último momento de la oscuridad⁹». No es de sorprender que al final del cuento actúe con naturalidad cuando tiene que venir en ayuda a un hombre borracho que pierde el conocimiento. En «El caballero oscuro», Puértolas lleva a la ficción un tema elaborado previamente en *Recuerdos de otra persona*. Narra en primera persona la llegada de una joven adolescente a Madrid que se encuentra abrumada, perdida ante el espectáculo de la capital. Conforme va conociendo a sus amigas en el nuevo colegio, descubre el barrio más allá del límite del suyo, Argüelles, y la autora nos va ofreciendo a través de los paseos de esta protagonista *flâneuse* una cartografía de la ciudad: «Al barrio de Salamanca iba algunas veces, doblando hacia la izquierda a la glorieta de Bilbao. Así llegaba a Colón y a la calle Goya, al otro lado de la Castellana. La Castellana era como un río muy ancho, un extraño Ebro, un pedazo de mar¹⁰». Desde las calles y las numerosas referencias a espacios urbanos por los que se va moviendo la narradora protagonista, cada vez más integrada en el núcleo de Madrid, el cuento se enfoca en un personaje singular del Café Gijón, lugar histórico en el panorama literario madrileño. De cierta manera, la evolución personal e intelectual de la adolescente y de su grupo de amigas se puede relacionar con los distintos espacios de la ciudad: «No sé si fue ese año o el siguiente cuando empezamos a hacer planes de cafeterías, cuando conocí el Café Gijón, donde se reunían los escritores y gente de aspecto bohemio. Nos sentíamos unas chicas mayores, vestidas de calle y con el pelo suelto y ahuecado¹¹». En definitiva, el singular café representa no solo un lugar emblemático en la historia cultural de Madrid, sino en un espacio íntimamente vinculado al desarrollo de la protagonista dentro de la ciudad. El siguiente cuento,

⁹ PUÉRTOLAS, Soledad, *El fin*, Barcelona, Editorial Anagrama, 2015, p. 15.

¹⁰ *Ibid.*, p. 32.

¹¹ *Ibid.*, p. 32-33.

«Dandi», empieza *in medias res* con su protagonista, Susana, en mitad de la calle: «En medio de la calle, Susana piensa en David, a quien todos llamaban el Dandi¹²». La protagonista, ocupada en el día a día de sus compras y quehaceres cotidianos por las calles de la ciudad, evoca su relación pasada con David, «el Dandi» arquetipo que se relaciona con la alta burguesía de la época urbana industrial. Al rememorar sus encuentros con el Dandi en los bares y las cafeterías de Madrid y la relación «fugaz» y «confusa» que tuvo con él, Susana piensa ahora en lo que significó esta persona ya fallecida en su vida. En «Las tres gracias», cuento titulado por el famoso cuadro de Rubens, el recuerdo figura otra vez anclado en el espacio urbano. Parecido a la protagonista en «El caballero oscuro», esta vez la narradora evoca «un miedo mezclado con curiosidad, un miedo excitante¹³» que siente al mudarse a Madrid con su familia a los doce años. Esta joven protagonista irá descubriendo Madrid con su tío Felipe: «Era un paseante acérrimo y se conocía al dedillo las calles, travesías, plazas y plazuelas del centro¹⁴». En este cuento el Museo del Prado es un espacio cultural que representa para la protagonista no solo su descubrimiento de Madrid, sino también, a través del cuadro, su despertar sexual. Años más tarde, como mujer adulta, asocia este espacio con algo mucho más amplio: «Ahora lo veía. El tío Felipe, aquella tarde de invierno en el Museo del Prado, me había dado una lección de arte, pero yo no había podido acceder a ella¹⁵.». En definitiva, en estos cuentos de *El fin* se reconoce rápidamente la nostalgia de querer regresar al pasado y volver a pensar en aquellas personas con las que se vivió o recorrió lugares de la ciudad, estos lugares que dieron sentido a la experiencia misma de la ciudad como un lugar de encuentro y descubrimiento. La ciudad retratada por la autora no es una representación objetiva o fotográfica de la realidad sino la representación de un ambiente urbano estrechamente relacionado con el personaje. Aquí, la ciudad no es un espacio de alienación del personaje femenino. Al contrario, los espacios urbanos aparecen ahora para ser recorridos, transitados, transformados y habitados tanto desde el punto de vista del recorrido que realiza

¹² *Ibid.*, p. 43.

¹³ *Ibid.*, p.91.

¹⁴ *Ibid.*, p.92.

¹⁵ *Ibid.*, p. 101.

físicamente la protagonista, como de la toma de conciencia al enunciarlos. La necesidad de producción de diferentes espacios femeninos únicos supone una arriesgada toma de conciencia de su propia libertad.

Bibliografía citada:

CÓRDOBA, Antonio y GARCÍA-DONOSO, Daniel, eds. *The Sacred and Modernity in Modern Spain Beyond the Secular City*, New York, Palgrave Macmillan, 2016.

DIP, J. Ernesto Ayala, «La trama y la vida en *La señora Berg*» *Turia. Revista Cultural* 100, 2012, p. 217-22.

ELKIN, Lauren, *Flâneuse, Women Walk the City in Paris, New York, Tokyo, Venice, and London*, New York, Farrar, Straus and Giroux, 2016.

JUN, Wang, *El mundo novelístico de Soledad Puértolas*, Granada, Comares, 2000.

PUÉRTOLAS, Soledad, *Con mi madre*, Barcelona, Editorial Anagrama, 2001.

---, *El fin*, Barcelona, Editorial Anagrama, 2015.

---, *La señora Berg*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1999.

---, *Queda la noche*, 1989, Barcelona, Editorial Planeta, 1991.

---, *Recuerdos de otra persona*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1996.

TOWNSEND, Tamara L., *Memory and Identity in the Narratives of Soledad Puértolas, Constructing the Past and the Self*, London, Lexington Books, 2014.

VERHNES, Anna Rofes, «Itinerarios urbanos en la Barcelona de postguerra, Los enunciados peatonales en *Nada, Luna lunera y El país del alma*», Universidad de Estocolmo, 2013.

<http://www.diva-portal.org/smash/get/diva2:642219/FULLTEXT01.pdf>

(página consultada en febrero de 2018)